

Sin tu influjo, el hombre henchido
De vanidad, sumergido
Yace en el mar del placer,
Y cree en su delirio ufano,
Cuando se arrastra gusano,
Tierra y cielo soberano
Sujetar á su poder.

Ven, que tal vez atesora
Alguna fibra sonora
Mi pecho, aun lleno de ardor;
Que á tu inhumana porfía
Exhalará una armonía
Capaz de darme alegría
Y de vencerte, oh dolor.

Ven luego; que una alma noble
Firme, incontrastable, inmoble,
Es contra la adversidad
Como el Oceano sublime,
Que de ley común se exime,
En cuya frente no imprime
Mancilla el tiempo, ni edad (1).

Sep. 1834.

LA AUSENCIA.

Fuése el hechizo
Del alma mía,
Y mi alegría
Se fué también:
En un instante

(1) Hemos hallado la explicación filosófica de este himno en el siguiente comentario de Kant al conocido dicho del estoico: «Oh dolor, jamás confesaré de ti que eres un mal». «Razón tenía el estoico, exclama aquél: lo que sentía y le arrancaba gritos era el mal físico, no el mal moral, incapaz para con él; porque el dolor no apoca la dignidad del hombre, y cuando más, modifica su estado. Pudo dejarse vencer del abatimiento; pero lejos de eso, hizo cobrar el dolor mayor espíritu y exaltación, porque tenía conciencia de no haber cometido injusticia ni maldad, y de no merecer, por consiguiente, castigo alguno.»—(El A.)

Todo he perdido:
¿Dónde te has ido,
Mi amado bien?

Cubrióse todo
De obscuro velo
El bello cielo
Que me alumbró,
Y el astro hermoso
De mi destino
En su camino
Se obscureció.

Perdió su hechizo
La melodía
Que apetecía
Mi corazón.
Fúnebre canto
Sólo serena
La esquiva vena
De mi pasión.

Doquiera llevo
Mis tristes ojos,
Hallo despojos
Del dulce amor;
Doquier vestigios
De fugaz gloria,
Cuya memoria
Me da dolor.

Vuelve á mis brazos,
Querido dueño;
Sol halagüeño
Me alumbrará:
Vuelve tu vista,
Que todo alegre;
Mi noche negra
Disipará.

LA DIAMELA.

Dióme un día una bella porteña,
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez;
Me la dió con sonrisa halagüeña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos,
Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla
Como don misterioso del cielo
Que algún ángel de amor y consuelo
Me viniese, durmiendo, á ofrecer;
En mi seno inflamado guardéla,
Con el suyo mezclando mi aliento,
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, doquiera que miro
Allí está la diamela olorosa,
Y á su lado una imagen hermosa
Cuya frente respira candor;
Desde entonces, por ella suspiro,
Rindo el pecho inconstante á su halago,
Con su aroma inefable me embriago,
Y á ella sola consagro mi amor.

LA LÁGRIMA.

Enjuga, enjuga esa preciosa perla
Que para herir cristalizó el amor:
Ella deslumbra el corazón, que al verla
Hierve de nuevo en criminal ardor.

No venga, no, de tus hermosos ojos,
Astros de vida, el brillo á obscurecer;
No venga infausta á presagiar enojos,
Ni amortiguar su bello rosicler.

Chispa divina del sagrado fuego
Que infundió á tu alma celestial piedad
Ella es, y deja al desdichado ciego
Que vaga envuelto en triste obscuridad.

¿Por qué llorar? De las pasiones fieras
Tú no has sentido el devorante ardor;
Siempre te halagan auras lisonjeras,
Nunca te asalta el frígido escozor.

¿Por qué llorar? Un misterioso velo
Te encubre aún arcanos del vivir;
Tu alma es más pura que la luz del cielo,
Todo á tu anhelo miras sonreír.

¿Por qué llorar? Impresa en la memoria
No llevas, no, la sombra del pesar;
Gozas de un ángel la inefable gloria,
Tu sueño guarda un ángel tutelar.

Mas ¡ay! que veo tu pupila ardiente
Toda anegada en lloro virginal;
Mas ¡ay! que asoma en tu lozana frente
Del infortunio el precursor fatal.

Dale á mi mano el enjugar tus ojos;
Mas ¡ah! que vierten fuego abrasador;
Y yo, insensato, para más enojos,
Ni llorar puedo ni sentir amor.

ÚLTIMO CANTO DE LARA.

Revestida de púrpura fulgente,
En el diáfano Oriente
La aurora aparecía y anunciaba,
Bañando en su esplendor la inmensa esfera,
Al gran planeta que en el orbe impera;
Cuando el cómitre audaz clamó impaciente,
Y la marina gente,
Desplegando veloz los anchos linos
Que dilata el pampero, en vuelo suave
Se desliza la nave
Por los senos del Plata cristalinos.

Todos sienten la ausencia, y silenciosos
Tienden la vista por la playa ansiosos:
No hay quien no dé un recuerdo ó un suspiro,
Quien no traiga en secreto á la memoria
Algún instante de delicia y gloria,
Alguna imagen dulce: no hay quien mire
Desparecer con ojo indiferente
La ribera natal, la tierra amiga
Que los objetos de su amor abriga.

Sólo uno está sereno; su semblante,
Joven aún, pero sombrío y triste,
Sólo demuestra indiferencia fría,
Y en su marchita frente,
Como herida de rayo omnipotente,
Se ve de las pasiones elevadas
La traza profundísima y radiante:
Empero por las olas vaga inquieta,
Su vista sin cesar, como sujeta
Á poderosa magia, y contemplando
El incansable hervor que las agita,
Al que reina en su pecho semejante,
Animarse parece, y en sus ojos

Y en su pálida faz brilla un instante
El destello fugaz de la alegría,
Y á la ilusión cediendo encantadora
Que á su abatida mente aliento inspira,
Al son fugaz de la armoniosa lira,
Canta con voz sonora,
Mientras luchando con las ondas fieras
Se abre camino la sonante prora:

—Al fin respiro libre
En tu agitado seno,
Oh Plata caudaloso.....
Al fin mi pensamiento borrascoso
Vino á gozarse en medio del tumulto
De tus ondas altivas nuevamente;
Á olvidarse del mundo y los pesares
Como otro tiempo en medio de los mares;
Á contemplar la férvida corriente
Que hirviendo siempre amenazante gira,
Y á celebrar tu nombre y tu grandeza
Con plectro de oro y resonante lira.

Un hijo de tus playas te saluda,
Oh padre de los ríos y á pagarte
De admiración tributo generoso
Viene desde su albergue silencioso.
La inmensidad de tus sonoras aguas
Ante los ojos míos hoy dilata,
Grande, sublime, majestuoso Plata,
Para que pueda mi inspirada mente
Abarcar tu grandeza, y por el orbe,
En alas de la fama y de la gloria,
Llevar de tus portentos la memoria.

Corres sereno y con augusto paso,
Bañando la mitad de un continente,
Y llevas de tus aguas el torrente
Al atónito mar por boca inmensa,
Que temible y airado y no pudiendo

El impetu feroz de tu pujanza
Sufrir ni tu soberbia, se abalanza,
Te hace guerra, te impele, y rebramando
Á tu cauce rehuyes anchuroso,
Y en su límite estrecho no cabiendo,
Hierves enfurecido y te levantas,
Como fiero gigante,
Sacudiendo las crines espumosa
Hasta las nubes, y con voz tronante
Á la tierra y al cielo á un tiempo espantas.
Mas llegan en tu ayuda tributarios
El Uruguay y Paraná famosos,
Con curso dilatado, tempestuosos,
Y uniendo á tu corriente su corriente,
Con fuerza irresistible
Arrollas dilatando victorioso,
Hasta el abismo inmenso de los mares,
La inmensa voz de tu poder ingente.

¿Quién al mirarte, oh Plata, no se asombra?
¿Quién no siente elevarse si te nombra?
Como Oceano inmenso te presentas
Rodeado de peligros y tormentas,
Y la atónita vista busca en vano
El límite que pone soberano
Á raya tu furor: doquiera torno,
Hallo tu faz plateada, escucho el eco
Aterrador salir con poderío
De tu seno profundo,
Dilatando tu nombre por el mundo;
Veo hervir en mi torno
Tus aguas espumosas, y encantado
Creo mirar el impetuoso brío
Del Atlántico inmenso. Y tú eres río;
Pero río famoso, que triunfando
De la saña del tiempo y de la muerte,
Eterno vivirás, y á las edades
Y á los remotos siglos la memoria
Llevarás de tu patria y de tu nombre,

Con trompa resonante de victoria
Que al universo asombre.

Tú fuiste el numen titular que un día
Inspiraste á mi ardiente fantasía
El canto soberano;
Por ti la lira resonó en mi mano
Y se elevó mi espíritu á la cumbre
Do no alcanza la necia muchedumbre....
Por ti mi mente ardía,
Y del estrecho círculo anhelaba
Salir que la ceñía;
Por ti con raudo vuelo se elevaba
Y en la cumbre veía
Resplandecer los nombres
Coronados de lauro omnipotente
De los héroes famosos que la historia
Con eco sempiterno á las edades
Lleva de gente en gente,
Y osó aspirar á la suprema gloria.

Tú llenaste mi pecho del ardiente
Deseo de la fama, y me llevaste
De mis paternos lares
Al borrascoso seno de los mares,
Y allá do los imperios y naciones
Ostentan vanidosos....
De su nada y su gloria los blasones.

Al fin he vuelto á ti, ¡cuán diferente
De lo que fui! Mi desolada mente
Nada encuentra en la tierra que la halague:
Voló en pos de falaces ilusiones
Y encontró desengaños:
Buscó anhelosa ideales perfecciones,
Y sólo halló la realidad terrible,
El esqueleto lívido y horrible
De lo que es, y envuelto en el torrente
Del destino común de los mortales,

Mi triste corazón lleva consigo
Del pesar enemigo,
Del tedio y la aflicción los crudos males.

Adiós, Plata grandioso, los acentos
De mi lira sonora
Al murmullo incesante de tus ondas
Ya no se mezclarán; la voz canora
Del cisne de tus plácidas riberas
Va á extinguirse por siempre. ¿Quién tu nombre
Celebrará y grandeza? Ya el sepulcro
Fríó me espera en mi temprana aurora;
Cual meteoro fugaz voy á ocultarme.
¡Oh, si me fuera dado sepultarme
En tus ondas amigas y que el hombre
Repitiese mi nombre cual tu nombre!
Adiós, por siempre, adiós, Plata grandioso;
De un hijo de estas playas generoso
El adiós postrimer recibe en tanto
Y de mi lira el postrimer canto.—

Cesó de Lara el canto, y ya la prora
La corriente sonora
Del Uruguay surcaba majestuoso,
Y el luminar grandioso
En el rojo horizonte se escondía,
Serenó derramando
Amortiguada lumbre y el imperio
De la región antártica dejando
Al triste nuncio de la noche umbría.
Hora infeliz al corazón que sufre,
Hora menguada en que naturaleza
Del velo funeral de la tristeza
Se cubre toda, y en que el alma triste
Siente un vago temor sobrecogida,
Cual si viese en los pálidos desmayos
De los menguantes rayos
El postrimer adiós de la esperanza
Ó el último suspiro de la vida.

¿Y adónde Lara va; dónde dirige
Sus pasos hoy? ¿Va acaso vagabundo
Cual otro tiempo á recorrer el mundo
En busca de ilusiones? ¿Va anheloso
De encontrar la verdad en los desiertos,
Contemplando la pampa y maravillas
De la naturaleza? No, angustioso
Va á buscar la salud en las orillas
Apacibles del Negro (1). Allí lo lleva
La esperanza feliz de hallar consuelo
Al mal que lo devora en otro cielo,
En clima más benigno. Allí la calma
Á la continua agitación de su alma
Juzga que encontrará. ¡Vano delirio!
Corre en sus venas la letal ponzoña;
Va con él su tormento y su martirio.
¡Desdichado de aquel que perdió un día
La paz del corazón y que consigo
Del desengaño cruel lleva la imagen;
Del que en su ardiente y loca fantasía
Á ilusiones falaces diera abrigo,
Y fantásticas formas persiguiendo
Perdió su juventud; se mira al cabo
Del largo viaje solitario y triste,
Sin encontrar el venturoso puerto,
Cual peregrino en medio del desierto,
Y burlado en su afán, en ningún sitio
Halla reposo á su enemiga suerte,
Y rodeado de angustias y pesares
Vive con su dolor como en los mares
El alción solitario, y sin amigos,
Hasta que viene á su clamor la muerte!

Tal es el mal de Lara. Ya venía
Armado de rigor el triste invierno;
El frígido pampero por los campos

(1) Río de la República del Uruguay, á cuya margen está situada la ciudad de Mercedes.

Su soplo asolador ya derramaba,
Y con la hojosa pompa de los bosques
El suelo amarillento se vestía.
Huye la golondrina, huyen las aves
A región más benigna, y ya no se oyen
Sino tristes gemidos en los sitios
Do resonó poco antes la alegría.

Muere la pompa que ostentó el verano;
Mueren de Flora las vistosas galas,
Que amortiguado el resplandor Febeo
A sus débiles restos no da vida,
Y de tanto ornamento y hermosura
No quedaron bien pronto ni vestigios.
Así mueren también las esperanzas
Que el hombre alimentó; les falta el fuego
De la ilusión feliz, y desmayadas
Caen como flores que marchita el hielo
Y cual humo fugaz se desvanecen.

Así se disiparon bien temprano
Las que daban vigor á tu existencia,
Cuitado Lara: la fatal dolencia
Tu ufana juventud ha sorprendido
Cuando empezaba á desplegar su pompa,
Y confuso ora ves ante tus ojos,
De su dura inclemencia hecho despojos,
El trabajo y afán que consagrabas
Á hacerla fértil y fecunda un día.
Así en la edad de la ambición ardiente
En su amarga aficción ningún deseo
Ni esperanza feliz Lara alimenta:
Todo mira con ojo indiferente
Su triste corazón, y nada siente
Más que la herida cruel que lo atormenta.

Cuando los otros en triviales juegos
Pasan los años de su infancia larga,
Su corazón sensible desplegara

Un mundo de pasiones: corrió ansioso
En pos de un atractivo falacioso,
Y engolfado en su piélago profundo,
Perdió inexperto sin timón ni guía
Por siempre su inocencia y su alegría.

De su edad juvenil fueron amigos
La soledad esquiva y el retiro:
Cuando los otros impacientes vuelan
Tras el placer fugaz, él solo hacía
Su deleite, su gloria y su recreo
De pensar solitario; y asentado
Bajo el dosel de la enramada umbría,
Ya en la margen del Plata, ya abrigado
Del manto de la noche y en los sitios
Que circunda el terror....

Así los pasatiempos esquivando
Creció su juventud como la eucina
Solitaria y robusta que domina
Las cumbres más soberbias: el halago
Del mundo seductor, ni los prestigios
De la beldad risueña, encantadora
Que el juvenil torrente insano adora,
De su burlado corazón la calma
Pudieron perturbar: solo con su alma,
Impasible y sereno alimentando
Las ansias de su pecho y sus pasiones
Ardientes, con felices ilusiones
De renombre y de gloria caminaba....

Á MI GUITARRA.

(FRAGMENTO.)

Tú, que has sido siempre
Mi fiel compañera,

Justo es que te cante,
Sonora vihuela.
La dulce armonía
Que exhalan tus cuerdas,
Cuando enajenada
Te pulsa mi diestra,
Justo es que celebre
Mi musa halagüeña,
Pues endulza siempre
Mis amargas penas.
Cuando enfurecida
La negra tristeza
Devora mi pecho,
De angustias me llena,
Te tomo en mi mano,
Te pulsa mi diestra,
Y al oír tu armonía
La fiera se aleja.
Halaga mi oído,
Que suenen tus cuerdas
De amor y ternura
Las dulces endechas.
Y me digo entonces:
Pues que amar se niega
Mi burlado pecho,
De tus dulces cuerdas
Oigamos al menos
De amor las endechas,
Que el que amando vive
Sufre muchas penas.

Ora suave cantes,
Ora más severa
Eficaz preludies
Las pasiones fieras;
Ora el paso sigas
De la danza suelta,
Graciosa imitando
Sus giros y vueltas;

Ora la voz dulce
De alguna belleza
Acompañes suave,
Siempre me enajenas.
Así es que te adoro,
Sonora vihuela,
Con igual cariño
Que amante á su bella,
Y elevarte quiero
Mas que las estrellas,
Al tono cantando
De tus dulces cuerdas
Sonoras odas
Y canciones tiernas.
Tú, que has sido siempre
Mi fiel compañera,
Serás de hoy mi numen,
Mi lira suprema.

LA CAUTIVA.

PRIMERA PARTE.

El desierto.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies
Se extiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.